

ciajistas, encontramos molesto y queremos disimular y pasar en silencio.

Pero ¿en qué consiste ese hecho? ¿Es acaso que la forma de la Sociedad por acciones dificulta la centralización de las fortunas? En manera alguna, porque habría necesidad de probarlo. El hecho consiste simplemente en que la forma de Sociedades por acciones *permite* la división de los capitales existentes y hace inútil el acaparamiento de los capitales por algunos grandes capitalistas.

Pero sería prematuro pretender que esa división de capitales, responde á la realidad de los hechos y que los grandes capitalistas no acaparan ya los capitales porque esto resulta superfluo.

Nadie regala acciones en este pícaro mundo, hay que comprarlas; no convierten á nadie en propietario, pero le suponen.

La creación de una Sociedad anónima no altera en nada la distribución existente de las fortunas.

La Sociedad anónima permite solamente (lo cual ocurre también con los bancos y cajas de ahorro) que se transformen en capital pequeñas cantidades de dinero que aisladas no bastarían para la explotación de ninguna empresa capitalista. El sistema de las Sociedades anónimas acrece, pues, los capitales á disposición de la producción capitalista; permite que se transforme en capital lo que sin eso no se convertiría nunca en capital y sería un tesoro improductivo, pero en nada altera absolutamente la distribución de la propiedad existente.

El aumento del número de accionistas no prueba de ningún modo el del número de los poseedores; prueba únicamente que en la sociedad capitalista, la acción se convierte cada vez más en forma dominante de la propiedad.

La prueba deducida de las Sociedades anónimas, no resuelve, pues, de ninguna manera el problema del pretendido aumento del número de los poseedores.

La Sociedad anónima puede representar ese momento, cuando existe, pero no puede producirle.

¿Pero de dónde puede provenir en presencia del aumento del número de proletarios? Bernstein no nos da más datos. ¿Será acaso que los proletarios economizan cada vez más de su salario y pueden convertirse en capitalistas?

Verdad es que Bernstein siente la misma consideración por Schulze Delitzsch que por Julio Wolf. Pero en tanto que expresamente no lo diga, no puedo admitir que atribuya el aumento del número de poseedores á las economías de los trabajadores.

No queda más que un origen posible al aumento de los poseedores: la división de los capitales ya concentrados. Estas divisiones se producen sin interrupción. Están determinadas por el derecho hereditario. En tanto que el derecho feudal deshereda á todos los hijos en provecho de uno solo, el derecho civil ordena el reparto igual de la herencia entre todos los hijos. Es una institución que se opone considerablemente á la concentración del capital, y sin ella se produciría esta concentración mucho más rápidamente. Pero si por consecuencia del reparto de capitales por el derecho de sucesión, fuese más rápido el aumento del número de capitalistas que el del conjunto de la población, sería necesario que su propagación natural fuese también más rápida. Y precisamente sucede lo contrario. Por algo los proletarios se llaman así; engendran una descendencia (*proles*) numerosa. Por el contrario, toda la política doméstica de los

capitalistas tiende á combatir las consecuencias descentralizadoras del reparto de las herencias. Los matrimonios se pactan, siempre que es posible, de modo que se reúnan dos capitales que aspiran ardientemente á convertirse en uno solo, y el sistema que consiste en no tener más que dos hijos encuentra una aplicación cada vez más general entre los poseedores. Es, pues, falso que éstos tengan relativamente más hijos que los proletarios. Pero entonces, ¿de dónde procede «el grandesmenuzamiento de los capitales ya centralizados»? Sin embargo, los capitalistas no regalan á nadie sus capitales. ¿En dónde está, pues, aquel hecho que tanto desagrada á los socialistas, que se esfuerzan en disimularle y en pasarle en silencio?

No podemos obligar á Bernstein á que crea en la lealtad de sus antiguos compañeros de lucha, pero desearíamos saber en qué consiste nuestra deslealtad.

¿Querría decir Bernstein que si la forma de la Sociedad anónima no altera en lo más mínimo la distribución de las fortunas, se deducen de ella tendencias que conducen á la descentralización de los capitales?

Ni lo ha dicho, ni hay la menor razón para admitirlo; todo prueba lo contrario.

Los grandes capitalistas se apropian las acciones productivas, las que dan mayores intereses. A los pequeños capitalistas sólo les dejan los valores menos seguros, los que no transformarán seguramente á los no poseedores en poseedores, llevando á los bolsillos de los grandes especuladores las monedas de diez céntimos economizadas por los modestos burgueses y lo más escogido del proletariado.

Leroy-Beaulieu, que no es precisamente pesi-

mista, se ve obligado á confesar en su tantas veces citado libro:

«En el estado actual, las Sociedades anónimas, dando un gran impulso al espíritu de empresa y desarrollando la producción, han venido ciertamente á *crear una gran desigualdad de la riqueza*. Han permitido á los aristócratas del capital que se apropien una gran parte del ahorro del público; han sido, aún más que la industria ó el comercio, el origen de fortunas colosales... Han venido indudablemente á enriquecer fabulosamente á algunos listos y al empobrecimiento de muchos cándidos.»

La «posibilidad del fraccionamiento de los capitales» ya centralizados, toma aquí otra forma distinta de la de nuestro marxista.

Indudablemente, Leroy-Beaulieu se consuela, aquí, como en otras partes, de los inconvenientes del sistema de Sociedades anónimas, con la esperanza de que probablemente serán pasajeros. Precisamente escribía las anteriores líneas en el momento en que se constituía la Sociedad del Panamá.

Si las Sociedades anónimas son el procedimiento por excelencia para cazar y desplumar á los incautos, son, por otra parte, un medio para aumentar la potencia de los grandes capitalistas, puesto que no son más que una forma particular del crédito.

El crédito «no es solamente un arma poderosa en la lucha de la concurrencia. Por hilos invisibles eleva á las manos de los capitalistas aislados ó asociados el dinero disperso en cantidades más ó menos grandes en la superficie de la sociedad. Es la má-

quina específica para la concentración de los capitales». (Marx.)

Bernstein cree que las Sociedades anónimas convierten en superfluo «la apropiación de los capitales ya concentrados por algunos magnates aislados, en vista de la concentración de las empresas industriales». ¿Pero qué importa eso, si los magnates continúan tranquilamente apoderándose de estas Sociedades para aumentar sus capitales utilizando capitales extranjeros, y para crear y explotar empresas industriales de tan gran importancia que no podrían sostener con sus solos recursos?

Hace poco leíamos en un diario americano que el valor nominal de los cupones del «Standard oil trust» era de 97.250.000 dollars. Juan de Rockefeller posee él solo por valor de 49.000.000 de dollars. Tiene, por consiguiente, la mayoría de votos en el Consejo de accionistas y la Sociedad le sirve para disponer libremente del doble de su capital. Esto puede parecer indiferente desde el punto de vista del reparto de beneficios. Pero el hecho social decisivo no es el reparto, sino la producción, y en este terreno el poder y, por consecuencia, también la renta de Rockefeller acrece enormemente con los desembolsos de sus consocios.

El sistema de las Sociedades anónimas, lejos de impedir los efectos de la acumulación de capitales, es, por el contrario, un medio de exagerarlos. El solo favorece las empresas gigantescas que el capital aislado no podría emprender.

Es la forma bajo la cual se verifica la monopolización de las diversas ramas de la industria. Los *trusts*, los ferrocarriles, las grandes bancas, ¿dejan de ser monopolios porque sean Sociedades anónimas?

¿Y dejan de ser los instrumentos de que se valen los grandes capitalistas «para monopolizar en provecho propio todas las ventajas de la evolución económica»?

Carecemos de estadística de los tenedores de acciones; pero todo tiende á probar que se produce con el sistema de las Sociedades anónimas el mismo movimiento de acumulación y de concentración de los capitales que podemos observar en las empresas capitalistas. No es el número de los poseedores lo que ha aumentado ostensiblemente con el sistema de las Sociedades anónimas, sino el de los poseedores ociosos dentro de los de esta categoría. El sistema dispensa á los capitalistas de las funciones que ejercen en una explotación y les hace inútiles en una sociedad capitalista. Este es un hecho que se ha visto claro por el rápido aumento del número de Sociedades anónimas.

El aumento continuo de las Sociedades depositarias que ahorran hasta á los capitalistas el trabajo de colocar su dinero, ha sido invocado por Bernstein como una señal del aumento de poseedores, pero sólo prueba en realidad ese mismo aumento del número de poseedores ociosos que ha sido ya mencionado y demuestra con qué rapidez la clase de los capitalistas se convierte en inútil para el mecanismo económico de la sociedad y se transforma cada vez más en un parásito del cuerpo social.

El aumento rápido de las sociedades anónimas demuestra, pues, no el aumento del número de propietarios, sino la inutilidad creciente de la producción capitalista, la posibilidad y hasta la creciente necesidad del modo de producción socialista.

Pero Bernstein suministra una prueba más del aumento del número de poseedores.

«Si no lo tuviéramos á la vista, empíricamente demostrado por la estadística de las rentas y de las industrias, podría ser probado aquel hecho, por un procedimiento puramente deductivo como consecuencia fatal de la economía moderna.

»Lo que desde luego caracteriza el modo de producción moderno es el aumento considerable de la fuerza productiva del trabajo. Su consecuencia es un no menos considerable aumento de la producción, producción en masa de objetos y de géneros de consumo. ¿Adónde van estas riquezas?, ó para precisar aún más la pregunta, ¿adónde va el producto *surplus* que producen los obreros industriales por encima de su propio consumo, limitado por su salario? Aunque los «magnates del capital» tuvieran estómagos diez veces más repletos que lo que les atribuye el espíritu popular, y un número de domésticos diez veces más considerables de que tienen en realidad, en presencia del conflicto de la producción anual su consumo no pesaría gran cosa en la balanza. ¿Dónde queda, pues, la masa de géneros que los magnates y sus domésticos no consumen? Si de ningún modo llega á los proletarios, es preciso que sea acaparada por otras clases. O bien hay una disminución relativa y siempre creciente del número de capitalistas á la par con el creciente bienestar del proletariado, ó existe una numerosa clase media: he aquí la única alternativa que nos deja el aumento interrumpido de la producción.»

Esta es la prueba teórica de la tesis de Bernstein, que, como hemos visto, está empíricamente probada por la estadística de las rentas y de las industrias. Es, en efecto, una prueba de naturaleza especial la

pregunta de ¿dónde está la riqueza? Bernstein no demuestra cómo y por qué la riqueza social creciente aumenta el número de los poseedores; le basta con preguntarse qué sería entonces de la riqueza.

Tratemos de hallar la respuesta que el mismo Bernstein hubiera debido dar.

e) Consumo de la supervalla.

Consideremos primero á los grandes capitalistas. Basta ojear ligeramente la vida que hace la *crème* de la sociedad en Nueva York, en París, en Londres y en las demás residencias elegantes, para convencernos de que el lujo y la prodigalidad de los ricos crecen en proporciones enormes y degeneran con frecuencia en verdaderas locuras. Las casas de campo, hoteles, yachts, las cacerías, las fiestas y los caprichos de aquellas gentes, sus queridas, sus pérdidas en el juego, todo ello cuesta á cada uno de los reyes de la banca cantidades cada vez más considerables. Los gastos de esas buenas gentes adquieren proporciones incalculables y los monarcas más poderosos sólo pueden imitarles recurriendo á las peores estafas para poder conservar su rango entre la *High-life*. Verdad es que una multitud siempre creciente de parásitos pulula alrededor de los grandes capitalistas y contribuye eficazmente «al fraccionamiento de los capitales ya centralizados». Pero Bernstein no pensaba en esos parásitos, en los jugadores de profesión, en los *jockeys* y en las prostitutas cuando hablaba del aumento del número de poseedores.

Pero mientras el lujo y la prodigalidad de los grandes capitalistas aumenta, su número crece también muy rápidamente, mucho más rápida-

mente que el total de la población y que la clase obrera. Es más fácil fijar numéricamente este aumento que sus gastos.

Una prueba del rápido incremento del número de los grandes capitalistas la encontramos en el hecho de que en el Imperio alemán, desde 1892 á 1895, el número de las explotaciones industriales sólo aumenta en 4,6 por 100, la población en 14,5 por 100, mientras el aumento del número de las grandes explotaciones que dan ocupación á más de 1.000 obreros fué de 100 por 100. Esta evolución está indicada, como hemos visto, en la estadística sajona de las rentas impondibles. El número total de las personas censadas en Sajonia, aumentaba entre 1879 y 1894 en 37,4 por 100, es decir, que ascendía desde 1.084.751, á 1.490.558, mientras que el número de las personas que disfrutaban una renta mayor de 54.000 marcos aumentaba en 272 por 100, pasando de 338 á 886. Ciertamente la categoría de poseedores de esta última clase progresa rápidamente.

Pero no es tan sólo el número de los pródigos y su prodigalidad lo que aumenta en proporciones que sólo permite, sin que el pueblo se arruine, el admirable aumento de la productividad del trabajo, bajo el régimen capitalista. Se ve aumentar también la prodigalidad impersonal, si se puede decir, que está en relación íntima con dicho régimen.

El mismo Bernstein señala dos causas de esta prodigalidad. «Las crisis y los gastos improductivos de los ejércitos absorben mucho, pero en los últimos tiempos sólo han consumido una fracción de la supervalía total.» Eso es sin duda lo que han hecho en todos los tiempos; se trata solamente de saber cuál es el valor de aquella fracción.

Imposible es fijar con cifras las pérdidas ocasionadas por las crisis, pero se conocen los gastos que cuesta el sostenimiento de los ejércitos.

En el Imperio alemán los gastos de Guerra, de Marina y del servicio de la Deuda pública que sólo procede de las guerras, se elevaban en 1874 á 410 millones de francos, en 1899 se fijaron en 1.011 millones. Se han *duplicado con exceso* en el tiempo en que la población crecía desde 41 (1871) á 52 millones de habitantes (1895).

Pero estas cifras sólo dan una idea incompleta del derroche. Ténganse en cuenta los centenares de miles de hombres hábiles para el trabajo que el ejército permanente obliga á sostenerse improductivos. En 1874 eran 400.000 hombres, en 1899 son 500.000 los hombres cuya fuerza se malgasta. Si consideramos que cada uno de ellos podría producir anualmente por valor de 1.000 marcos (francos 1.250) salario y supervalía inclusive, el despilfarro producido por la permanencia en banderas del ejército permanente alcanzaría la suma de 750 millones. Agreguemos á esto los gastos militares y obtendremos en la actualidad una suma de cerca de 1.800 millones que hace veinticinco años estaba reducida á un millón. En el transcurso de veinticinco años se ha empobrecido el Imperio alemán, por el gasto de su ejército, en 32.000 millones próximamente, ó sea casi seis veces la indemnización de guerra de 1871. Ciertamente que aquí se ve ya una «fracción bastante considerable de la supervalía».

Si el militarismo no empobrece en absoluto á las naciones, como lo prueba el ejemplo del Imperio alemán, y si es compatible con un aumento de la riqueza pública, se debe á la enorme productivi-

dad del trabajo bajo el régimen capitalista. Pero no por ello deja de ser funesto para las naciones que carecen de una industria rica y fuerte. La «fracción de la supervalía total» que absorbe es tan considerable, que la vitalidad económica de aquellas naciones está herida mortalmente; y en ese caso se encuentran España é Italia.

Pero el militarismo y las crisis no son las únicas causas de despilfarro en la sociedad capitalista. En 1899, el autor de estas líneas indicaba otras causas. (Véase *Neue Zeit*, artículo sobre «El despilfarro bajo el régimen capitalista», p. 25 y siguientes). Séanos permitido citar algunos párrafos de aquel artículo.

Una de las principales causas del despilfarro es la *moda*. Las variaciones de la moda no son una ley natural, sino una consecuencia de cierto estado social.

«Hoy se tiende á explicar los fenómenos sociales utilizando términos tomados de las Ciencias naturales. Se explica la libre concurrencia de la sociedad burguesa como consecuencia de la «eterna ley natural de la lucha por la existencia» y la locura de las variaciones de la moda se convirtió en una necesidad absoluta el día en que se relacionó con la teoría de la «selección sexual». No se tuvo, sin embargo, en cuenta un pequeño detalle, y es que la esencia de la moda es el cambio, mientras que las caracteres de la selección sexual son invariables durante los períodos históricos. Aun en la especie humana, vemos que los pueblos todavía cercanos al estado natural permanecen fieles á sus costumbres y á su arquitectura que se transmiten sin modificaciones de generación en generación.

Únicamente ciertos estados de la sociedad determinan los frecuentes cambios de la moda. Esto ocurre en los períodos revolucionarios en que el carácter de la sociedad varía rápidamente, y en los períodos del lujo desenfrenado en que, por una parte, una gran fracción de la supervalía va á las clases ricas que deben malgastar por lo menos una parte, y por otra la prostitución llega á convertirse en una potencia social.

En el mundo animal la selección sexual presenta en los *machos* caracteres que les distinguen: cabellera, plumaje brillante, cuernos, voz armoniosa, etc. La selección sexual que operan las prostitutas del gran y del pequeño mundo, es causa de los trajes sensacionales en las *hembras*. Lo que más llama la atención es la novedad. De aquí las variaciones de la moda... Pero no es ésta la causa de las variaciones de la moda. Ir siempre vestido á la última moda es una señal de riqueza, tanto más cuanto más cambien las modas. No sólo se desea ir siempre vestido de nuevo, sino también parecerlo. La novedad no consiste sólo en lo nuevo, debe ser diferente de la que la ha precedido. Nada de lo que era moda en la estación pasada, debe utilizarse en la presente... Y no son únicamente las señoras del gran mundo las que cambian con frecuencia sus trajes y adornos. Sabemos que los obreros se ven obligados á comprar productos malos, pero baratos. Los vestidos de las jóvenes y de las mujeres del pueblo se ajan tan rápidamente, que hay necesidad de renovarlos con frecuencia. Se necesitan vestidos nuevos, ¿por qué no los han de comprar de moda? Eso responde al gusto de la época que tiende á borrar las diferencias exteriores de clases, que empuja sin cesar á buscar

la novedad. En otro tiempo, los cambios de la moda eran el privilegio de los escogidos. Hoy las «señoras» protestan indignadas de que entre las criadas y las obreras de las fábricas se extiende de día en día el furor por vestirse de moda. Hoy los efectos de un cambio en la moda se dejan sentir en toda la sociedad y se manifiestan claramente en la producción.

Repentinamente eleva el precio de un gran número de productos que antes no servían para nada, que se echan á perder en los almacenes adonde se guardan amontonados si no pueden ser objeto de una transformación. Un enorme despilfarro de productos de toda clase es el resultado de todo cambio de la moda. Pero por esto mismo remedia algo la superproducción y hace posible la fabricación y venta de nuevos productos. No son, pues, los comerciantes y los fabricantes de estos productos los que favorecen ó dan lugar á las variaciones de la moda.

»En las capas inferiores del pueblo, los cambios de moda sólo se efectúan en los vestidos. En las gentes ricas trascienden también á la decoración de la casa. Gracias á la falta de estilo de nuestra época, pueden cambiar á capricho su mueblaje: hoy está en boga el Renacimiento, mañana el estilo *rococó*, pasado mañana el del primer Imperio, hasta que se llega á un maremágnum de bibelots orientales. Claro es que esta eterna variación de los muebles, de los tapices, etc., lleva consigo un despilfarro enorme de trabajo y de materia...

»Citemos aún otra forma de despilfarro peculiar de la sociedad capitalista causada por la extensión de las grandes ciudades.

»La concentración de grandes masas de hombres

en un pequeño espacio ofrece inconvenientes cada vez mayores y origina los más graves problemas para el higienista. Problemas que en el campo no ofrecen dificultades, como, por ejemplo, la conducción de aguas potables, y el transporte y utilización de inmundicias, el mantenimiento, la instalación de lugares de recreo y esparcimiento; semejantes problemas sólo pueden resolverse con la creación de parques costosos, de construcciones gigantescas, mataderos, canalización, alcantarillas, etcétera. Los panegiristas de nuestra sociedad hablan con orgullo y entusiasmo de estas maravillas del mundo moderno que sobrepujan á las de la antigüedad. Y, sin embargo, aquellos triunfos del genio humano no son más que paliativos destinados á atenuar los inconvenientes insoportables, desconocidos del hombre que vive más cerca del estado natural. Algunas decenas de años, á veces algunos años, bastan para que por consecuencia de un nuevo aumento de la población de la ciudad, se convierta en ilusoria la utilidad de todas aquellas maravillas. Entonces hay necesidad de trabajos aún más gigantescos, aún más costosos, para que la ciudad siga siendo habitable.

»Se trata ya de llevar hasta París las aguas del lago de Ginebra y de construir un canal que vierta en la Mancha las inmundicias de la gran ciudad. Semejantes gigantescos trabajos serían completamente inútiles en una sociedad en que no existiera la actual oposición entre el campo y la ciudad. Es un despilfarro absolutamente inevitable con el modo de producción moderno. Y al mismo tiempo, ¡qué despilfarro de abonos!

»La necesidad, siempre creciente, de construcciones nuevas, es, naturalmente, muy favorable al des-

arrollo de la industria de la edificación. El crecimiento de las grandes ciudades la favorece también por otro concepto. Cada vez se despueblan más los campos para ir á establecerse en las ciudades. Las granjas se vacían, sus antiguos habitantes necesitan nuevas casas en la ciudad. Hay necesidad de construir más fincas, no porque aumente la población, sino porque ésta cambia de lugar, cambio que no es motivado por los atractivos de una región más sana, más agradable, más fértil, ni por el deseo de hacer más productivo el trabajo, sino por la necesidad de vivir más cerca del mercado donde toda la mercancía, incluso la mercancía trabajo, tiene más probabilidades de encontrar adquirente que en las soledades situadas lejos del mercado.

»Por otra parte, el crecimiento de las grandes ciudades activa también las edificaciones en el campo. Contra todos los preceptos de la higiene, las grandes ciudades son cada día menos sanas, y se hace indispensable á los que residan en ellas, el pasar una parte del año lejos de la ciudad, respirando el aire puro del campo, de la montaña ó del mar. Lo que antes era considerado como un lujo propio de la nobleza, que tenía una casa en la ciudad y otra en el campo, es cada vez más necesario para cualquier familia burguesa. Al lado de las granjas que se vacían se construyen villas y hoteles, habitados durante algunas semanas y vacíos durante todo el resto del año.

»La extensión de las grandes ciudades tiene también, como consecuencia, el crecimiento constante del número de casas, que sólo se utilizan de un modo incompleto, de suerte que su construcción es también un despilfarro.

»A medida que la ciudad se extiende, se verifican en ellas nuevas modificaciones. Toda la vida comercial se concentra en un barrio relativamente poco extenso. Hacia aquel punto afluye toda la población que vive de los negocios, allí acuden todas las mercancías que consume ó almacena la gran ciudad. Desde allí los hombres y los productos vuelven á salir con dirección á la periferia ó á las corrientes del comercio internacional.

»Este movimiento constante de hombres y de productos crece de año en año, reclama una extensión creciente de medios de comunicación en el criterio de la ciudad, y de tiempo en tiempo una rectificación de vías, la construcción de nuevas estaciones, etc. Y en tanto que el espacio que se dejó libre para las casas disminuye, son cada vez más buscados los almacenes, los despachos, y las tiendas en el centro de la ciudad. Por consecuencia, hay que reemplazar las antiguas casas bajas por nuevas más altas. Resulta de ello que el centro de la ciudad está continuamente removido. Y estas demoliciones, estas nuevas edificaciones no son motivadas por el crecimiento de la población, ni por consideraciones técnicas ni porque se arruinen los edificios, sólo son consecuencia del sistema de producción moderna.

»En esto, como en todo, la producción capitalista aparece como un sistema de producción revolucionario que no admite nada perdurable. Hoy destruye lo que ayer creó, trata de desechar lo que aún es utilizable, y sin preocuparse lo más mínimo declara que todo el trabajo de la víspera ha sido inútil, y que mañana se malgastarán nuevas fuerzas.»

Presentar otros ejemplos nos llevaría demasia-

do lejos. Nos contentaremos con indicar otro género de despilfarro.

La evolución capitalista produce un incremento constante en el ejército de reserva de la industria, como ya hizo notar Marx. Bernstein no da su opinión sobre este particular, pero no le contradice. Una parte de este ejército de reserva, aparece bajo la forma de obreros sin trabajo; otra, bajo la de todas clases de existencias parásitas, siendo una de las más comunes la del comerciante en pequeño. No tenemos datos estadísticos comparables entre sí del número de obreros sin trabajo en diferentes épocas. Su número varía con el estado de los negocios. Todos los indicios demuestran que aquel número creció en proporciones amenazadoras en la era de depresión que comenzó en 1873. Lo mismo ocurrió durante la crisis que siguió, principalmente desde 1892 á 1894. Pero ni aun durante las eras de prosperidad desapareció jamás por completo el número de los obreros sin trabajo.

En 1895 se averiguó en el Imperio alemán el número de obreros sin trabajo. Comenzaba ya entonces el impulso económico. El 14 de junio se contaron 299.352 y el 2 de diciembre 771.005, ó sea en el primer caso el 1,9 por 100 y en el segundo el por 100 del número total de obreros.

Los obreros sin trabajo se clasifican, según la causa de su paró, en la siguiente forma:

ENFERMEDADES		OTRAS CAUSAS	
14 Junio.	2 Diciembre.	14 Junio.	2 Diciembre.
120.348	217.365	179.004	553.640

Según este cuadro, el número de obreros que

por otras causas diferentes de las enfermedades estaban sin trabajo, se elevaba al 1,11 por 100 del número total de obreros en verano, y al 3,43 en invierno.

En determinadas profesiones, las variaciones del paro eran enormes. El siguiente cuadro lo demuestra.

	Obreros sin trabajo, no incluidos los enfermos.		Por 100 obreros, había sin trabajo.		Por 100 obreros sin trabajo en junio, hubo en diciembre.
	14 junio	2 diciembre.	14 junio.	2 diciembre.	
Agricultura.....	18.442	158.340	0,33	2,82	858,06
Canteros y desmontistas	3.058	20.615	0,65	4,40	674,01
Edificación.....	19.408	145.121	1,68	12,60	747,74

El número de obreros sin trabajo es sumamente considerable en algunas grandes ciudades. En el cuadro siguiente no estaban incluidos los enfermos. Por 100 obreros había sin trabajo:

14 junio 1895.		2 diciembre 1895.	
Hamburgo.....	6,24	Altona.....	9,51
Altona.....	5,79	Dantzig.....	9,09
Berlin.....	4,70	Koenigsberg.....	7,57
Leipzig.....	4,05	Stettin.....	7,19
		Hamburgo.....	6,94
		Berlin.....	6,36
		Magdeburgo.....	6,11

Estas cifras dicen bastante. Pero aún dirían más si en vez de referirse á dos fechas, se hubieran contado todos los obreros que durante un año tuvieron que estar parados, y los que estaban ocupados en otra clase de trabajos que no eran los de su profesión habitual.

En Inglaterra, entre los obreros organizados, que tienen un trabajo más constante que la masa de obreros no organizados, el número de ellos sin trabajo ascendió, en 1893, á 7,5 por 100, en 1894, á 6,9 por 100, y en 1895, á 5,8 por 100 del número de obreros asociados.

El mejor censo que se ha hecho de los obreros sin trabajo es el último de los Estados Unidos. No se refiere tan sólo á las personas sin trabajo en un día determinado, sino que comprende á todos los que en el transcurso de un año (desde 1.º de junio de 1889 al 31 de mayo de 1890) dejaron de trabajar aunque sólo fuera un día.

Existían 3.013.117 varones y 510.613 hembras sin trabajo, ó sea el 13 por 100 de las hembras y el 16 por 100 de los varones que ejercían una profesión, porque en aquella ocasión no se trataba únicamente de los *obrerros*. ¡Y era aquélla una época de prosperidad económica!

Las personas sin trabajo se distribuían, entre las diversas ramas de la industria, en la forma siguiente:

	VARONES			HEMBRAS		
	MAYORES DE DIEZ AÑOS			MAYORES DE DIEZ AÑOS		
	TOTAL	SIN TRABAJO Valor absoluto.	%.	TOTAL	SIN TRABAJO Valor absoluto.	%.
Agricultura, pesca, minas.....	8.333.813	1.120.827	13,45	679.523	108.973	16,04
Profesiones liberales (<i>profesio- nal service</i>)	632.646	54.654	8,64	311.657	87.920	28,21
Servicios personales.....	2.692.879	689.307	25,60	1.667.698	130.774	6,62
Comercio y tráfico.....	3.097.701	247.757	8,00	228.421	15.114	7,84
Industria.....	4.064.051	900.572	22,16	1.027.242	167.832	16,34
TOTALES.....	18.821.090	3.013.117	16,01	3.914.541	510.613	13,00

La mayor parte de los desocupados pertenecía, como se ve, á la industria y á los servicios personales, casi *una cuarta parte* de las personas empleadas en estas profesiones.

El siguiente cuadro indica la duración del paro de las personas censadas:

PERSONAS sin trabajo.	De 1 á 3 meses.		De 4 á 6 meses.		De 7 á 12 meses	
	Número absoluto.	%.	Número absoluto.	%.	Número absoluto.	%.
Sexo masculino...	1.553.750	51,57	1.179.426	39,14	279.932	9,29
Sexo femenino...	265.106	51,02	188.992	37,01	56.515	11,07

¡Cerca de la mitad estuvieron más de cuatro meses sin trabajo durante aquel año! Según los cuadros del censo, hubo una media cada mes de más de *un millón* de personas sin trabajo, ó sea cerca del 5 por 100 de las personas que tenían una profesión. ¿Qué hubiera ocurrido en una época de crisis? Sobre este particular no se ha hecho ningún censo.

Pero las personas sin trabajo sólo son una parte de ese excedente relativo de la población que crea el progreso del capitalismo. Aquel á quien su profesión deja sin trabajo, que no pertenece á una organización que le socorra y que no tiene esperanzas de volver á hallar ocupación, busca, aunque sólo sea provisionalmente, un asilo en otra parte. Acudirá especialmente al pequeño comercio, á los oficios de buhoneros, de vendedores ambulantes, etc., que generalmente no son más que formas de existencia poco superiores á la mendicidad.

Desde 1882 á 1895, el número de personas dedi-

cadas á la agricultura en el Imperio alemán ha permanecido poco más ó menos estacionario; los industriales han aumentado en 29,5 por 100 y los dedicados al comercio y al tráfico, en 49 por 100.

Agreguemos, como aclaración de nuestras observaciones anteriores referentes á la industria de la edificación, que el número de personas dedicadas á esta industria ha acrecido en 42,9 por 100, mientras que la población total del Imperio sólo creció en un 14,5 por 100.

Estos ejemplos presentan una serie de fenómenos que, aun sin que aumente el número de los poseedores, pueden compensar los efectos de una productividad creciente. Por una parte, aumento constante de despilfarro de fuerzas de trabajo, del número de elementos improductivos de la sociedad. Por otra parte, aumento del despilfarro de los productos del trabajo.

Pero aún no hemos señalado el canal más importante por donde se escapa el excedente siempre en aumento de los productos. La *acumulación de los capitales*.

Bernstein habla como si viviéramos todavía en los tiempos en que los explotadores no sabían disponer de los diezmos en especie exigidos á sus súbditos más que consumiéndolos con sus compañeros y servidores.

«Aunque los *magnates del capital* tuvieran estómagos diez veces más repletos que los que el espíritu popular les atribuye, y un número de domésticos más considerable que lo que en realidad tienen, en presencia del total de la producción nacional, su consumo no pesaría gran cosa en la balanza.»

Luego, según Bernstein, los grandes capitalis-

tas sólo emplean sus rentas anuales en engordar ellos y sus criados. No es, por lo tanto, sorprendente que se pregunte adónde va el resto.

Si se acordara del *Capital* de Marx con otro propósito que el de descubrir contradicciones y desfigurar los hechos, sabría que el capítulo vigésimo segundo, que trata de la transformación de la supervalía en capital, es uno de los más importantes y de los más hermosos del libro. La renta anual de los capitalistas se divide en dos partes: el fondo de consumo individual y el fondo de acumulación. Cuanto mayor es el uno, más débil es el otro. La misión social del capitalista estriba, sobre todo, en acumular capital. En el principio de la producción capitalista, cuando la productividad del trabajo y la supervalía, y por consiguiente la renta del capitalista medio, son débiles, la prodigalidad del capitalista haría dudosa la acumulación del capital. Entonces la prodigalidad se considera como vicio nobiliario, al que se opone como virtud burguesa la economía, esto es avaricia. Pero cuanto más se eleva la productividad del trabajo, puede acelerarse más la acumulación de los capitales, y al mismo tiempo puede desarrollarse el lujo de los capitalistas.

El capitalista opulento puede satisfacer entonces con más libertad sus inclinaciones groseras ó delicadas, y transformar, al mismo tiempo, en nuevos medios de producción una gran parte de la supervalía que atesora. Cuando pregunta Bernstein, ¿qué se hace del exceso de producción? debe examinar las nuevas máquinas, que se instalan al lado de las antiguas, las modernas fábricas, los establecimientos metalúrgicos, las minas, los ferrocarriles, que se explotan paralelamente á otros; que

vea cómo en países que hace diez años escasamente ó aún menos, estaban desiertos ó eran patria de bárbaros primitivos, se desarrollan una agricultura capitalista, un sistema de medios de comunicación capitalista, una industria capitalista: toda esa enorme cantidad de nuevos medios de producción es el producto del exceso de trabajo que los proletarios proporcionan al capital. Son debidos á los beneficios capitalistas como sus trufas, sus ostras, los diamantes de sus esposas y de sus queridas.

La clase capitalista desarrolla un lujo como no se ha visto jamás desde los tiempos del Imperio romano. Al mismo tiempo extiende la productividad del trabajo y el dominio de la producción capitalista con una rapidez que deja atrás todo lo que se ha visto en la Historia. ¡Y en presencia de esta evolución tan notable, tan prodigiosa, pregunta Bernstein qué se hace de la supervalía! Y cree que la supervalía que no tiene cabida en los grandes estómagos de los grandes capitalistas va á llenar los de otros poseedores, y como todos los estómagos, aun los de los más ricos millonarios, tienen una capacidad limitada, para Bernstein el aumento de la supervalía representa forzosamente el aumento de los estómagos que deben tragar, y la transformación de los poseedores de aquellos estómagos en propietarios.

He ahí cómo da Bernstein un carácter más científico al *Capital* de Marx: disuelve sus contradicciones y sus sofismas en el jugo gástrico de los poseedores.

Hemos visto que el crecimiento de la supervalía no lleva como consecuencia necesaria el aumento del número de los poseedores. De la misma mane-

ra que ni las cifras de la estadística del impuesto sobre la renta, ni el sistema de las Sociedades anónimas, ni el aumento del número de obreros, ni la productividad de su trabajo y de la explotación—de todo esto resulta el aumento de la supervalía—demuestran que el reparto de las fortunas se haga en otra dirección que en la de la acumulación de los capitales.

Admitido esto, pero sólo para evitar cualquier mala interpretación, añadiremos algunas palabras. Hemos visto que Bernstein no nos permite adivinar lo que entiende por aumento del número de poseedores: si quiere decir aumento del número de capitalistas, mejoramiento de las condiciones de la existencia para la población en general, ó formación de una clase media en lugar de la antigua que desaparece. Son tres fenómenos muy diferentes que deben distinguirse con el mayor cuidado.

Hemos visto lo que ocurre con el aumento del número de los capitalistas. Sólo hemos podido comprobar un aumento rápido del número de grandes capitalistas y, por el contrario, una disminución relativa del número de pequeños empresarios; y no hemos visto que el sistema de las Sociedades anónimas haga aumentar el número de las pequeñas fortunas.

La agravación de la miseria en la masa del pueblo es otra cuestión. Claro es que puede mejorar el bienestar general del proletariado al mismo tiempo que disminuye el número de los pequeños capitalistas.

Bernstein considera esta cuestión resuelta y cree superfluo ocuparse más de ella:

«La teoría del crecimiento de la miseria está universalmente desechada en nuestros días, si no con

todas sus consecuencias, á lo menos hasta el punto de que sólo metafóricamente se habla de ella.»

¶ Pero la cuestión no es tan sencilla ni tan cómoda, y como esta «teoría» ha sido atacada en los últimos tiempos por alguien más que Bernstein, nos parece oportuno dedicarle aquí algunas páginas.

f) La teoría del crecimiento de la miseria.

La frase «teoría del crecimiento de la miseria» no proviene de Marx ni de Engels, como tampoco las de la «teoría del derrumbamiento» y la «teoría de las catástrofes». Ha sido creada por escritores que criticaron sus tendencias.

Verdad es que Marx ha pretendido, en su capítulo sobre la tendencia histórica del capital á acumularse, que hay un crecimiento «de la miseria, de la opresión, de la esclavitud, de la degradación, de la explotación». Pero hace también constar que aumenta «la resistencia de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo de la producción capitalista».

Bernstein niega que pueda deducirse de esto que Marx hable aquí de la madurez y de la fuerza creciente del proletariado:

¿Puede traducirse el pasaje de la frase de Marx en que trata del aumento del número, de la unión y de la disciplina del proletariado, por madurez y fuerza creciente del proletariado? ¿Cómo conciliar entonces estos dos últimos hechos con la degeneración y servilismo crecientes del proletariado? Lejos de mí la idea de disputar por el significado de las palabras; pero he de afirmar que para mí, entre el aumento